

CLÁSICOS EN CORDEL

7

RAFAEL BARRETT
PROSAS
DESOBEDIENTES



CLÁSICOS EN CORDEL

7

Rafael Barrett
Prosas
Desobedientes

Selección a cargo de
Patricia Trujillo Montón



CLÁSICOS EN CORDEL

7

Luego de la publicación del primer número de la colección Clásicos en cordel, un lector escribió al comité editorial con una amable sugerencia: la de publicar “Gallinas” de Rafael Barrett. Yo había leído algunos textos de Barrett gracias al consejo de Valentina Campos, ahora egresada de la Maestría en Estudios Literarios. Así que la nueva recomendación me dio pie para explorar más la obra de Barrett. Esta breve antología no habría tenido lugar sin ellos. Gracias por compartir una lectura crítica y llena de humor.

Cerca de 1905, Rafael Barrett escribió un artículo sobre la lotería. Es un texto muy breve, con un lenguaje directo y un tono desenfadado, como los otros artículos que por aquella época



publicaba en periódicos de Buenos Aires y Asunción. Comienza con una frase publicitaria de cajón: “En la Argentina, en el Uruguay, en España, llueven los millones”; pero, a renglón seguido, la promesa del diluvio de riquezas es desmentida: “El Estado talla, traficando con la corrupción pública”. Así, el artículo se transforma en una diatriba de algún moralista que se opone al Estado, de una suerte de libertario de derechas. Pero Barrett nos da otra sorpresa: este moralista no duda en equiparar los juegos de azar y la prostitución: “¿[El Estado] por qué no monopoliza también el alquiler y venta de mujeres? La prostitución daría grandes entradas al Erario, y afianzaría el Poder Administrativo. El gobierno es tanto más sólido cuanto más débiles y viciosos son los ciudadanos”. El tono moralista continúa, aunque la equivalencia entre lotería y venta de mujeres resulta provocadora. Comienza a aparecer una sonrisa detrás del

gesto adusto de nuestro moralista. No obstante, el autor no se detiene ahí y nuevamente cambia de dirección. El párrafo siguiente comienza así: “No seamos injustos con el vicio, que suele llevar consigo gérmenes de poesía”. A estas alturas, ya el escrito ha captado toda nuestra atención; nos habremos asombrado y reído, chocado, quizá.

Rafael Barrett fue periodista, escritor de artículos concisos, incisivos e ingeniosos. En ellos abundan los giros humorísticos y las comparaciones inesperadas. Como dice uno de sus comentaristas, escribió sobre todas las pequeñas cosas “siempre en un registro políticamente incorrecto”. Su actualidad radica en su incorrección política y en el hecho de que los problemas que trató todavía están muy vivos, ciento veinte años después. Barrett escribió sobre la enorme brecha entre ricos y pobres, la desigualdad de género, la que sufren los pueblos originarios. Habló de la esclavitud del trabajo

impuesta por empresas multinacionales, del despojo de tierras, de un aparato legislativo y judicial que sirve a los grandes. Condenó toda forma de autoridad, denunció la concurrencia de intereses políticos y económicos, propuso la desaparición de las prisiones. Entre 1903 y 1910, fue columnista en múltiples periódicos de Buenos Aires, Asunción y Montevideo. Varios de sus escritos fueron causa de enemistades políticas, prisión y exilio.

Los prólogos a su obra y los artículos dedicados a él siempre mencionan tres momentos de su biografía: su enfrentamiento público al duque de Arrión, que lo llevó a abandonar su España natal; su decisión de viajar a Paraguay para cubrir, como reportero, la revolución liberal que derrocó el gobierno dictatorial de Benigno Ferreira; y su temprana muerte a los 34 años, en 1910. Quizá esto se deba a que los dos primeros hechos fueron cambios drásticos

en su vida; el tercero da una idea de la premura con que fue escrita su obra, que contrasta con su claridad y madurez.

Barrett nació en Torrelavega en 1876. Su padre, George Barrett Clarke, era un diplomático inglés y su madre, Carmen Álvarez de Toledo y Toraño, era parte de la vieja nobleza, pariente del duque de Alba. Cursó estudios de secundaria en París y se matriculó en la Universidad de Madrid para estudiar ingeniería. A fines del siglo XIX, dominaba tres idiomas, leía música e interpretaba el piano, había hecho amplias lecturas y tenía una sólida formación científica y matemática. Frecuentó las tertulias de la generación del 98 y la alta sociedad madrileña, pero, al solicitar el ingreso al club más conservador de la ciudad, fue rechazado por supuesta homosexualidad. Barrett intentó batirse en duelo con aquel que había diseminado el rumor, pero un tribunal de honor, presidido

por el duque de Arión, íntimo del rey Alfonso XIII, lo declaró indigno de batirse. Por eso, azotó con una fusta el rostro del duque en el vestíbulo de un teatro importante en Madrid. Barret fue encarcelado y luego abandonó España.

A comienzos de 1904, desembarcó en la Argentina. En Buenos Aires, encontró una metrópoli en pleno crecimiento, con una prensa floreciente. Optar por el periodismo era una decisión promisoriosa para un joven culto, decidido a hacer una carrera independiente. Comenzó a publicar algunas columnas en diversos diarios de la capital argentina; complementaba sus ingresos dando clases de matemáticas. Casi un año después de su llegada, una columna suya en *El Diario Español* titulada “Buenos Aires”, en la que describía la pobreza de la ciudad, provocó una polémica, e incluso una serie de amenazas al periódico. La opinión pública no vio con buenos ojos que un inmigrante recién

llegado hiciera énfasis en la miseria. El director del diario quiso que Barrett publicara una retractación, a lo que este se negó. La comisión de otro periódico de Buenos Aires, *El Tiempo*, para cubrir el levantamiento liberal en Paraguay en octubre de 1904, fue una oportunidad para apartarse de la situación difícil en Buenos Aires, pero también para continuar con su quehacer periodístico. Barrett acompañó al ejército revolucionario y entró a Asunción con él, el 24 de diciembre de ese año. Una vez allá, decidió establecerse en Paraguay. Comenzó a trabajar como agrimensor y fue secretario del Centro Español, donde conoció al director de *El Diario*, que lo contrató como redactor al año siguiente. Su trabajo como agrimensor y como secretario en el Ferrocarril Paraguayo, empresa de propiedad inglesa, le permitió ver de cerca asuntos como la apropiación de tierras por parte de terratenientes paraguayos

y de empresas extranjeras, y las prácticas de empleo en un país que había sido devastado por la Guerra de la Triple Alianza.

En Paraguay, Barrett escribió textos sobre la realidad social y cultural, sobre los mitos populares, sobre la situación de la mujer, sobre el guaraní. A partir de 1907 comenzó a dar conferencias sociales en centros obreros, y fundó, con el anarquista argentino José Guillermo Bertotto, el semanario *Germinal*. Al año siguiente publicó en *El Diario* una serie periodística, *Lo que son los yerbales*, sobre los efectos nefastos en la población rural de la explotación de la yerba mate por parte de empresas brasileñas y anglo-argentinas. Por ello, se ganó la enemistad del gobierno y sufrió un atentado. Luego del golpe de estado del general Albino Jara, Barrett denunció a un coronel del ejército paraguayo por haber matado a golpes a uno de sus subordinados. El artículo fue publicado

en *Germinal*, y fue la causa de que Bertotto fuera apresado y torturado en septiembre de 1908. El 2 de octubre, Barrett publicó “Bajo el terror” y fue encarcelado. Luego de varios meses en prisión, fue desterrado del Paraguay. Pasó unos meses en Corumbá (Brasil) y luego viajó a Montevideo, donde pronto comenzó a colaborar en diversos periódicos y recibió ofertas de algunas editoriales para publicar antologías de sus artículos. La tuberculosis, de la que había sufrido más o menos desde 1906, empeoró, por lo que tuvo que internarse en el hospital de pobres en Montevideo. Finalmente, al año siguiente, decidió viajar a Francia, con la esperanza de seguir un régimen de curación en un hospital de Arcachon. Murió tres meses después de haber llegado a Europa.

Los tres artículos que aquí reunimos son una buena muestra de su humor, de su capacidad crítica y de lo viva que está hoy su obra. “Gallinas”

es una anécdota, un pequeño cuento que, a partir de un hecho anodino, va desplegando una fina crítica a los principios y los efectos de la propiedad privada en todos nosotros. “Deudas”, escrito como “Gallinas” en primera persona, también trata de algo que aparentemente “no interesará a nadie”: el autor confiesa que le debe su traje al sastre. Sin perder la ligereza y la familiaridad del tono, Barrett nos habla de la deuda, de la pobreza, de la dignidad y de la esperanza de una sociedad que no obedezca al principio del lucro. “Marcar el paso” se opone a otros dos principios: la fuerza y el dominio. Barrett adopta la voz de aquel que defiende el orden quien, poco a poco y en sus propias palabras, va descubriendo las fallas y las contradicciones de aquella práctica a la que exhorta: seguir obedeciendo por costumbre.

La portada de esta edición es un detalle del cuadro “Soldados paraguayos heridos, prisioneros de la batalla de Yatay”, del pintor

argentino Cándido López (1840-1902). López, daguerrotipista y pintor, se enroló en el ejército argentino cuando comenzó la Guerra de la Triple Alianza. En la batalla de Curupayti, una granada le cercenó parte del brazo derecho. A su vuelta a Argentina, y al borde de la miseria, aprendió a pintar con la mano izquierda y se dedicó a retratar los campos de batalla y los campamentos de la guerra que había vivido. Al final de su vida, había hecho 52 cuadros. Quizá sea un pequeño gesto de justicia poética reunir, en este número, una pintura que hizo un teniente de un ejército invasor, y que retrata a uno de los defensores, derrotado y prisionero, con los escritos de quien, treinta años después, sería un testigo indignado de las consecuencias de esa guerra.

PATRICIA TRUJILLO MONTÓN

DEUDAS



ME ENCUENTRO EN LA urgencia de hablar de mí. Particularmente considerado, mi caso no interesará a nadie; pero el hombre es un animal que induce. Tal vez el lector saque del ejemplo individual consecuencias generales. No de otro modo Isaac Newton, según cuentan, al ver caer la manzana se preguntó por qué no cae la luna. La misma lógica que fundó la gravitación universal la amenaza hoy día. Es que la razón, pálida sombra de la vida, crea y destruye sucesivamente. He aquí ahora lo que a vuestra razón someto:

Debo un traje al sastre y no puedo pagárselo. Mi oficio de fabricante de ideas no me permite por el momento pagar el sastre. El sastre des-

espera y parece culparme de vagos crímenes.

He hecho mi examen de conciencia, y me he hallado limpio. He llegado a la conclusión de que mi deber es no pagar. Me he convencido de que solo por indolencia y por una especie de distracción rutinaria he seguido la costumbre viciosa de pagar las cuentas. Si trabajo sinceramente en una sociedad donde hay gente que bosteza en medio de un lujo grosero, ¿cómo es posible que no se me asegure el abrigo contra la intemperie y una alimentación correcta? No soy quien debe, sino a quien se debe. No tengo para qué pagar el mercado, ni al casero, ni al sastre.

Él hace trajes, yo hago artículos. Yo le ofrezco cordialmente mis artículos. ¿Por qué no me ofrece cordialmente sus trajes? Lo natural es que aprovechemos en fraternal reciprocidad nuestras aptitudes; él me viste el cuerpo, yo le visto la inteligencia. Si el mecanismo económico

de nuestra civilización me obliga a caminar desnudo por la calle, no es culpa mía, sino de la civilización falsa en que vivimos.

Dios me libre de creer que es más meritorio escribir que cortar tela. Dios me libre también de creer lo contrario, y de aceptar como equitativo que mi sastre gane una fortuna con sus tijeras mientras yo apenas tengo con que comer. Quisiera que nuestra dignidad representativa fuera idéntica. Si se me concede que no pague mis modestas y pocas vestiduras, no tengo inconveniente alguno en que no se me paguen mis artículos, ni mis libros futuros, que son muchos y hermosos. Así evitaría tocar el dinero, repulsivo como un sapo.

El dinero desaparecerá. Todo lo feo y lo absurdo desaparece tarde o temprano. Maravillosa es la división del trabajo y la perfección social de los hormigueros y de las colmenas. Sin embargo, ni las hormigas ni las abejas conocen

el dinero. El dinero pretende reducir a cifras nuestra aptitud espiritual. Pretende introducir la aritmética donde nada existe aritmético. La moneda es un malvado fantasma que nos da la ilusión de medir el egoísmo y aprisionar la humanidad. Y los fantasmas, aunque sean aparentemente más poderosos que los dioses mismos, están destinados a desvanecerse al soplo frío y puro de la mañana. Despertaremos, y nos avergonzaremos de nuestras pesadillas.

Al establecer que no debo pagar al sastre, me adelanto a la época, y anticipo, aunque parcialmente, un mundo mejor, hasta para los sastres. Al no pagar, yo que nada poseo, y siempre produzco, realizo un bello simulacro. Las cosas suceden exactamente igual que si el sastre me regalara con qué cubrir mi carne pecadora. Ya sé que no hay tal, que él deplora haberme fiado, mas este es un fenómeno interior. Exteriormente, prácticamente me ha amado, puesto

que me ha socorrido gratis. En el terreno de los hechos, no pagar es instituir sobre la tierra el régimen sublime de las donaciones. Practicad, decía Pascal a los ateos, la fe vendrá. Comulgad todas las semanas y concluiréis por persuadiros de que la consagración es un misterio auténtico. Trabajad y no paguéis nunca, digo yo. A fuerza de ejercitar la caridad a pesar nuestro, acabaremos por sentirla. A fuerza de no cobrar, los sastres y demás obreros de la colmena humana, se olvidarán de cobrar. Habrá otros móviles de acción que el oro, y una edad más razonable habrá dado comienzo.

MARCAR EL PASO



NO HAY NADA TAN prudente, tan correcto, tan tranquilizador como marcar el paso. Educar es enseñar a marcar el paso en los negocios de la vida, a copiar el ritmo ajeno y conservarlo, a integrar el gran volumen regulador de la máquina humana. Hoy como ayer, mañana como hoy, he aquí la divisa de toda sociedad perfecta, y naturalmente del Estado, que se cree perfecto; el Estado es lo contrario de cambiar de estado; no existe gobierno que no se estime lo suficiente para conservarse a sí mismo, y sería absurdo que no fueran conservadores los que se encuentran a gusto. Los demás, los que obedecen, deben obedecer siempre y siempre igual, de idéntica manera; deben

evitar molestias a los que mandan y guardarse de provocar contraórdenes, rectificaciones y reiteraciones. ¿De qué serviría mandar si costara trabajo? Lo razonable es que el mando sea definitivo y eterno.

Se ve cuán sensato es el proceder de ese oficial argentino que durante la instrucción atravesó con la espada la ingle a un estúpido recluta que no marcaba bien el paso. ¡Pobre oficial! Había perdido la paciencia. ¡Cuánto habrá sufrido, cuántas veces habrá repetido sus órdenes! Obligar a repetir una orden ¿no es ya rebelarse a medias? Tal vez murió el recluta. Pero un recluta que no consigue aprender a marcar el paso es desde luego algo contradictorio y casi inexistente. No es justo llamar homicidio a una sencilla verificación. Un recluta es un aparato que marca el paso. Un soldado es un aparato que transforma las armas de fuego y aprieta los gatillos. El emperador Guillermo dijo en

una revista que un soldado, si se lo ordenan, está en la obligación de fusilar a su madre. Comprended de qué modo se hizo Alemania poderosa y magnífica.

¿Queréis orden? Cumplid la orden. Ciudadanos, ajustaos a la ley. No es buen juez el que la discute y mejora sino el que la ejecuta. Imitemos a los astros; admiremos la exactitud verdaderamente militar con que acaecen los eclipses; los planetas marcan el paso, y los átomos sin duda también. Nuestra ciencia busca la ley en todos los fenómenos, y lo terrible es que la va encontrando. Quizá se llegue al ideal de prever matemáticamente los detalles del porvenir. ¡Gracias que tendremos nosotros la suerte de irnos mucho antes! Cosa triste ha de ser el predecir los movimientos de nuestro cielo interior, calcular para dentro de diez años los eclipses de nuestro espíritu, conocer a un tiempo la fecha del placer y la del sufrimiento,

la de la ilusión y la de las decepciones, saber en plena juventud el minuto de la primera cana, la enfermedad que nos asesinará y las muecas de nuestra agonía. La esperanza se hará más insoportable que el recuerdo. Si nuestra alma marca el paso, ignorémoslo.

Marcar el paso no supone avanzar. En táctica equivale a suspender la marcha y simularla agitando las piernas sin adelantar un centímetro. Símbolo curioso. La existencia de la ley no supone una realidad concreta. Al revés. Por ejemplo, la ley de los días de la semana es que detrás del lunes venga el martes, luego el miércoles, etc. «Si» hoy es lunes, mañana será martes, pero ¿qué razón hay para que hoy sea lunes, y no viernes? Ninguna. Estamos ¡horror! fuera de la ley. «Si» Mercurio se halla hoy en tal lugar del firmamento, mañana estará en tal otro. Pero ¿por qué «está» en este instante aquí y no allí? La ley no es una realidad, es una re-

lación, es un «si». La única salida de semejante laberinto es que no hay aquí ni allí, ni ayer ni hoy, y que el Universo marca el paso, como un juicioso recluta, sin abandonar su socarrona inmovilidad.

GALLINAS



MIENTRAS NO poseí más que mi catre y mis libros, fui feliz. Ahora poseo nueve gallinas y un gallo, y mi alma está perturbada.

La propiedad me ha hecho cruel. Siempre que compraba una gallina la ataba dos días a un árbol, para imponerle mi domicilio, destruyendo en su memoria frágil el amor a su antigua residencia. Remendé el cerco de mi patio, con el fin de evitar la evasión de mis aves, la invasión de zorros de cuatro y dos pies. Me aislé, fortifiqué la frontera, tracé una línea diabólica entre mi prójimo y yo. Dividí la humanidad en dos categorías; yo, dueño de mis gallinas, y los demás que podían quitármelas. Definí el delito. El mundo se llena para mí de presuntos

ladrones, y por primera vez lancé del otro lado del cerco una mirada hostil.

Mi gallo era demasiado joven. El gallo del vecino saltó del cerco y se puso a hacer la corte a mis gallinas y a amargar la existencia de mi gallo. Despedí a pedradas al intruso, pero saltaban el cerco y aovaron en casa del vecino. Reclamé los huevos y mi vecino me aborreció. Desde entonces vi su cara sobre el cerco, su mirada inquisidora y hostil, idéntica a la mía. Sus pollos pasaban el cerco, y devoraban el maíz mojado que consagraba a los míos. Los pollos ajenos me parecieron criminales. Los perseguí, y cegado por la rabia maté uno. El vecino atribuyó una importancia enorme al atentado. No quiso aceptar una indemnización pecuniaria. Retiró gravemente el cadáver de su pollo, y en lugar de comérselo, se lo mostró a sus amigos, con lo cual empezó a circular por el pueblo la leyenda de mi brutalidad imperialista. Tuve que

reforzar el cerco, aumentar la vigilancia, elevar, en una palabra, mi presupuesto de guerra. El vecino dispone de un perro decidido a todo; yo pienso adquirir un revólver.

¿Dónde está mi vieja tranquilidad? Estoy envenenado por la desconfianza y por el odio. El espíritu del mal se ha apoderado de mí. Antes era un hombre. Ahora soy propietario...



El propósito de *Clásicos en Cordel* es convidar a los y las lectoras a participar de otros mundos a través de pequeños y breves libritos que no se sumen al oneroso impuesto que ya pagan nuestros ojos con mamotretudas lecturas, a veces mal escaneadas o de apretadísima caja, sino que al contrario emerjan colgados en las redes y difundidos por muchos caminos como espacios de goce e interés que refresquen, asombren, intriguen o simplemente sirvan de recreo.



Rafael Barrett *Prosas Desobedientes*

pertenece a la colección *Clásicos en cordel*,

editada por el Centro Editorial
de la Facultad de Ciencias Humanas
de la Universidad Nacional de Colombia.

El texto fue compuesto con tipos
Ancízar y Minion Pro.
en junio del año 2022

Clásicos en cordel
Número 7

Rafael Barrett *Prosas Desobedientes*

COMITÉ EDITORIAL

William Díaz Villarreal

Rubén Darío Flórez Arcila

Carlos Guillermo Páramo Bonilla

Patricia Simonson

Patricia Trujillo

Marta Zambrano

Ángela Zárate Díaz

UNIVERSIDAD NACIONAL

DE COLOMBIA

SEDE BOGOTÁ

Facultad de Ciencias Humanas

DECANO

Carlos Guillermo Páramo Bonilla

VICEDECANO ACADÉMICO

Víctor Viviescas

VICEDECANA DE INVESTIGACIÓN Y EXTENSIÓN

Nubia Ruiz Ruiz

DIRECTORA DE BIENESTAR

Eucaris Olaya

DIRECTOR DEL CENTRO EDITORIAL

Rubén Darío Flórez Arcila

COORDINADORA EDITORIAL DE LIBROS

Catalina Arias

ILUSTRACIÓN SELLO DE LA COLECCIÓN

Laura Daniela Patiño Castaño

DISEÑO DE LA COLECCIÓN

Michael Cárdenas Ramírez

AGRADECIMIENTO ESPECIAL

Juan Camilo Biermann López

IMAGEN DE CUBIERTA

*Soldados paraguayos heridos
prisioneros de la batalla de Yatay*

CÁNDIDO LÓPEZ

CENTRO EDITORIAL

Facultad de Ciencias Humanas

Universidad Nacional de Colombia

Sede Bogotá, Edificio 225

editorial_fch@unal.edu.co

Bogotá, junio de 2022

